

EDISON SIMONS QUIROZ, POETA DE LA NUZ

Nicole d'Amonville Alegría

Edison Simons Quiroz murió el pasado 10 de mayo, en París, a la edad de 67 años. Desapareció. Como le escribiera a Marfa Zambrano, recordando a Hesíodo, “las Musas sólo se dejan oír cuando se van”. Poeta absoluto y visionario, traductor y pintor, helenista y hombre de una inmensa erudición, Simons publicó toda su obra en España. Pero, si en Francia y América fue reconocido, en la Península, salvo en círculos restringidos, no se ha oído todavía su voz. El tiempo dirá.

Simons nació en Colón (Panamá) el 4 de marzo, natalicio de san Francisco de Asís, poeta y predicador de pájaros y hombres. A los diecisiete años, con el despertar del Eros, huyó a España. Vivió el resto de sus días lejos del istmo —pero también de los ismos. Si en Despeñaperros cruzó el umbral de la expatriación definitiva (tomó la decisión de ser poeta), treinta años más tarde, en la desembocadura del río Piedras, donde casi se ahoga, inició su regreso al “lugar donde nos ama Pan”. Finalmente su patria lo reconoció. En la década de los noventa sus poemas fueron publicados por *Talingo*, la revista más antigua y más leída de Panamá. La misma revista que el pasado 27 de mayo le dedicó el nº 415 con motivo de su muerte, calificándolo como “uno de los talentos más valiosos y más iconoclastas de las letras panameñas”.

En 1957, Simons viajó de España a Francia, donde recibió Grecia y la filosofía por el magisterio de Jean Beaufret. De éste tradujo los *Diálogos con Heidegger*. En París —donde irresidió, de manera intermitente, gran parte de su vida—, trabó amistad (y enemistad) con pintores, escultores y arquitectos latinoamericanos, tales como Jorge Pérez Román y Guillermo Arizta. Conoció a los poetas franceses Michel Deguy y Robert Marteau, así

como a los poetas británicos Jonathan Boulting y Christopher Middleton, y al serbio Miodrag Pavlovic.

En 1965, lo dejó todo y viajó a América para hacer la travesía poética de la Amereida, desde Tierra del Fuego hasta Santa Cruz de la Sierra. La intención era “consolidar una patria latinoamericana”. En el viaje, bajo la batuta del poeta argentino Godofredo Iommi y del chileno Alberto Cruz, participaron poetas y artistas de diversas nacionalidades junto con arquitectos de la Escuela de arquitectura de la Universidad católica de Valparaíso. El libro sobre la travesía sirvió para establecer la “ciudad abierta”, en Ritoque. En el momento de su fundación, Simons proclamó: “Si hay dioses, ¡que se vayan!”. Su frase fue considerada como una maldición. Las puertas de la “ciudad abierta” se cerraron para siempre. De la travesía, quedó la *phalène*, acto poético inventado por Iommi, que Simons siguió celebrando y provocando en todo el globo su vida entera.

En 1971 regresó a Europa (Francia, Polonia, Inglaterra, España). Viajó a Japón y permaneció en Tokyo un año. Volvió a España y en 1975 cruzó de nuevo el Atlántico para instalarse en Panamá. Allí publicó la ODALBROWN, ilustrada por Alberto Dutary. En 1976 se trasladó a Caracas, donde nacieron los *Mosaicos*, poemas que se siguieron gestando otros veinte años en distintos lugares y que han sido publicados, de forma dispersa, en importantes revistas del mundo. En 1979, se afincó en París. Luego se hizo a la mar: Yugoslavia, China, Quebec, Grecia, Egipto, Túnez, Bulgaria, India, Brasil. Desde 1978 hasta 1992 fue traductor de las ONU (Ginebra, París, Ginebra). En esos años conoció a María Zambrano. Su amistad fue inmediata e indeleble. En 1992 comenzó su etapa de pintor, en Mallorca. Expuso por primera vez en París en 1993. Como le gustaba decir a él, Simons nunca fue “preso de un sólo enunciado”. Emulando a sus admirados artistas polifacéticos Kurt Schwitters y Antonin Artaud, quiso expresar la poesía de todas las maneras posibles,

apelando a todos los medios a su alcance: música, pintura, danza, teatro...

Su obra poética publicada en España consta de *Mosaicos* (Ediciones Fugaz, Madrid 1995), *Correspondencia* con María Zambrano (Ediciones Fugaz, Madrid 1993) y *Los sueños y procesos de Lucrecia de León* (Tecnos, Madrid 1987), escrito en colaboración con Zambrano. En calidad de traductor, la insólita y genial traducción de Gerard Manley Hopkins, *Poesía* (Visor, 1974), así como *Vigía*, del poeta francés Robert Marteau (Hiperión, 1990). Otros libros anteriores, publicados por Editora Nacional, son *Informe sobre la playa*, escrito en colaboración con Roberto Godoy (1976), la excelente traslación de S. T. Coleridge, *Pensamiento poético* (1975) y la *Poética de Mallarmé* (1977). Tradujo asimismo *Hojas de Hipnos* de René Char (Visor, Madrid 1973). En una colección dirigida por Javier Ruiz y Ana Martínez, "Libros del Árbol", la editorial Bosch sacó a luz el *Repertorio de los tiempos* de Andrés de Li, con introducción y notas de Simons. La editorial Herder tiene en su haber su libro dedicado a la obra y la figura de *Luis de León*. De interés para el lector hispanoamericano es la antología del Conde de Villamediana, traducida al francés por el poeta Robert Marteau, con un ensayo introductorio de Simons, "Disolvente universal", publicada por Éditions de la Différence, París 1989.

Su última obra impresa vio la luz en París, a inicios de este año, en una edición de sólo cincuenta ejemplares y sin firma de autor. Se llama *The Unfinished Touch*. Es un libro alóglota, un híbrido literario sin precedentes: su autobiografía. El libro está dedicado al artista brasileño Tunga y a su mujer Cordelia.

Su maestro: Homero. Su brújula: Hölderlin. Su inspiración: Píndaro. Su Virgilio: el poeta brasileño Gerardo Mello Mourão. Sus referentes: Góngora y Juan de la Cruz, Rubén Darío y Lezama Lima. Simons vivió y escribió según una estricta "obediencia a lo Sumo, a lo más Alto, a lo que confiere al hombre su verticalidad

y su paso”. Fiel al dictado de la Musa, toda su obra tiene el don del son —y el son del don. Simons vivió heroica y eróticamente como “pelota al viento sobre la tempestad del mar”. Nunca claudicó: Vivió al filo y, adelantado a su tiempo, llevó el cálculo poético al límite o abismo. Como le escribió a Zambrano, “en la poesía no hay victorias ni fracasos, sino múltiples contactos del pie (que es la medida) con el *suelo* del verbo (lo inconmensurable)”. Sus mosaicos llevan los “pasos de un peregrino son errante” hasta el *puro rumor* de ese “no sé qué que quedan balbuciendo”. La exuberancia y el brinco. Entre su poesía y él no median ni la religión ni la filosofía: su verbo es in-mediató —místico.

Simons es el poeta de la Nuz. La cólera. El parpadeo. Su verso es “el relámpago del corazón”. La iluminación fugaz. La flecha con cola de pavo real. La flecha-víbora. El rayo vacío que fulmina la razón, transfigurándola en “radiantes fragmentos que casi no se pueden tocar”.

Simons no creó escuela, pero era sin duda alguna un maestro. No tenía discípulos, sino amigos —y enemigos! A quienes amó, maltrató. No obstante, muchos son los poetas, esparcidos por el mundo —desde Río de Janeiro hasta París, desde Beijing hasta Madrid, desde Panamá hasta Barcelona, pasando por Inglaterra— que se han nutrido de su inmediatez: “no hay yo, sino ya”. Le escribe Zambrano a Simons: “cuando se llega como tú al *ya*, empieza lo inédito verdadero, lo sin color como la perla; comienza la mañana del ser en su propia vida, comienza la mañana del Verbo”.